

CUENTO N° 195

TÍTULO: MI PROPIO CUERVO

SEUDÓNIMO: NADIE

AUTORA: EMILIA ROEHRS MATA

Mi propio cuervo

Miraba a su hija, cuyos ojos irónicos y gestos de asombro denotaban incredulidad, o tal vez algo de burla. Ese brillo divertido en sus pupilas le hacía suponer que no la tomaba en serio. En cierta forma, era casi comprensible. A ella misma le parecía una locura.

¿Sabes mamá? por favor no le cuentes a nadie. Dirían que estás peinando la muñeca y podrían tratar de encerrarte por menos de eso (dijo Cyntia, tratando de contener la risa) nadie lo creerá.

Pero ¿y las fotos? No te diré, como en las novelas policiales, que son el cuerpo del delito, pero sí corroboran mis palabras.

No, mamá, busca otra explicación. Todos saben tu afición a la fotografía y conocen, además, tu sentido del humor. Podrían no ser fidedignas. Yo misma pongo en duda toda esa historia. Es inverosímil. No, no me mires así, en realidad, te otorgo el beneficio de la duda. ¡Te pasa cada cosa! Realmente pareces de otro planeta. Por último ¿Cuál es el problema? ¡Déjalo entrar!

La miró pensativa. Para su hija era muy fácil tomarlo a la broma. No lo estaba viviendo y la madre prefirió no seguir con el tema. La estaba haciendo dudar de lo que había visto y sentido.

Hija, se me está haciendo tarde y no quisiera llegar a casa de noche -dijo- cambiando el tema. Al pararse del sillón, sintió simultáneamente unos piecitos que corrían a abrazarla para despedirse. Esta vez el beso de la abuela fue errático y silencioso. Su mente estaba en otro lado.

Oscurecía. Mientras viajaba en el bus hacia la casa de campo, repasaba silenciosamente los hechos.

Cuando se cambió, hace unos meses, a la casa de ladrillos, en medio de un paisaje paradisíaco, todo estaba tal y como siempre había deseado. Los cerros azules por la distancia, los verdes sembradíos, los paltos arrastrando las ramas por el peso de sus frutos, el silencio quebrado tan sólo por el trinar de las aves o el ladrido de un perro, los crepúsculos incendiando el cielo, la casa rodeada de flores, y ese espacio impagable que siempre había soñado. Sentía el alma henchida y daba gracias a Dios por esa paz y esa ansiada soledad, que, aunque tardía, había llegado a su vida. Pero ¿cuándo comenzó su silencio a ser invadido? ¿cuándo comenzó su paz a desmenuzarse?

Todo empezó durante su diplomado de literatura en la Universidad Adolfo Ibáñez, después de leer el poema de Edgar Allan Poe, "El Cuervo". Había quedado impactada. La verdad es que en un principio no le gustó. Le parecía innecesario leer libros infectados de tristeza, por muy bien escritos que estuvieran. ¿Para qué? Eso sobra en el mundo.

Tuvo que leerlo muchas veces para asimilar lo que el autor trataba de expresar. Le llegó al alma y mientras más veces lo leía, más se impregnaba de la angustia del

protagonista. Después de todo, a su edad, es fácil identificarse con el personaje; a estas alturas ¡ya se ha perdido tanto!

No había anochecido, que es cuando suceden, por lo general, cosas tenebrosas que nos asustan. Era una soleada mañana del mes de marzo. Estaba mirando las noticias en televisión. Sintió que golpeaban.

Recuerda haberse sorprendido, porque no había escuchado ningún vehículo y la casa está bastante aislada. Los golpes venían de la puerta de la cocina. No sin cierto temor, fue a abrir la puerta... y no había nadie. Tal vez fue el viento -se dijo- pero no había viento. Volvió a suceder varias veces, y finalmente lo vio. ¡Vaya! - pensó-, se va a lastimar. Se quedó observando al pájaro negro que arremetía contra el vidrio obstinadamente y comenzó a preocuparse.

Se dirigió al comedor, y el pájaro (que no era exactamente un cuervo, a pesar de ser impresionantemente negro) se fue contra esa ventana. Sus alas desplegadas, sus opacos ojillos redondos, observándola, dando furiosos picotazos en el vidrio, intentando entrar. Si iba al dormitorio la seguía por fuera y se precipitaba contra el vidrio dando picotazos. Tal vez si cierro las cortinas se alejará -pensó- pero no hubo ningún cambio. El pájaro la seguía a donde fuera. El hecho se repitió durante varios días. Su inquietud aumentaba. Una fría mañana se despertó algo más tarde de lo habitual. Miró el despertador y eran las siete con treinta minutos. Alguien le golpeaba en la ventana del dormitorio. Al descorrer las cortinas, lo vio. Sus ojillos redondos, opacos, la miraban. No podía ser cierto. Se apresuró a buscar la cámara fotográfica y le tomó varias fotos. No se apoyaba en el alféizar de la ventana, se mantenía aleteando, con sus ojos fijos en ella.

Palas Atenea, la diosa mitológica protectora de la inteligencia, no le jugaría una mala pasada, pero pensó en un ser involucionado. Se tenía por una persona equilibrada, y no podía dejar que la imaginación invadiera su cordura, como sucedió al personaje de Poe. Fue a la cocina a preparar el desayuno y el pájaro arremetió con furia contra la ventana, consecutivamente, dejando manchas de sangre en el vidrio. Esto va más allá de toda lógica -pensó- ni siquiera calzaba con una noche plutónica, pues era de día. Trató de desechar ese cosquilleo que la iba invadiendo. Le pareció que se había ido y después de limpiar los vidrios puso unas campanitas de bronce en la ventana, para tratar de alejarlo. Las campanitas estaban todavía allí, pero no lograron amedrentarlo.

La actitud de ese pájaro le trajo recuerdos. En sus sueños de niña la atormentaba de noche. Era un sueño repetitivo en el que el pájaro negro caía frente a ella. Se despertaba temblando y transpirando, pero nunca relató a nadie la extraña pesadilla y, de verdad, ya lo había olvidado, y posiblemente estaría aun durmiendo en sus recuerdos si no fuera por los sucesos recientes. Ese pájaro vivía en sus sueños, pero éste era real. Llena de dudas, inquieta, y por qué no decirlo, algo asustada, sentía que trataba de comunicarle algo.

Todos los días se levantaba temprano esperando no verlo- ¡Siempre estaba ahí! Acechándola por la ventana.

Al contrario del personaje del poema, yo no lo dejaré entrar -pensó- mientras el ronroneo del motor del bus la adormecía.

Mientras, en la distancia, detrás de la arboleda, y a metros de la casa, la retroexcavadora seguía buscando en el tranque al hombre que desapareció misteriosamente hace algunos años.

